



TUMBAS
 de los
 INGLESES.

SACRED
 TO THE MEMORY
 OF
 L. COLONEL SIR RICHARD FLETCHER BART
 CORPS ROYAL ENGINEERS
 WHO FELL AT SITGE OF
 SAN SEBASTIAN
 AUGUST 31 1813

LEYENDA
 1 Castillo de la Mota
 2 Tumba de Fletcher.
 3 Robles, malvas y rocas.
 4 La lapida.

SAN SEBASTIAN — RECUERDOS DEL CASTILLO DE LA MOTA (Dibujo de Enrique Irabien.)

EL CASTILLO DE LA MOTA EN SAN SEBASTIAN

y la tumba del coronel inglés Fletcher



Con este epígrafe publicamos en las páginas 464-465 una caprichosa y agradable composición artística debida al lápiz de nuestro querido amigo y colaborador el Sr. D. Enrique Irabien y Larrañaga, ya muy conocido por sus diferentes aptitudes, y particularmente por la facilidad, exactitud y gracia que se advierte en todos sus dibujos.

En el que nos ocupa se descubre una linda vista del castillo de la Mota de San Sebastián, tomada de la parte de Levante, y la tumba que encierra los despojos del célebre ingeniero director de las líneas de Torres Vedras combinadas hábilmente con un grupo de rocas donde hay labradas otras tumbas de oficiales ingleses, muertos en las guerras de la Independencia y la civil de los siete años.

El artículo inserto á continuación va consagrado á la memoria del Coronel Fletcher, y hace alusión al grabado, por lo que remitimos á él al lector.

¡FLETCHER!

Apuntes

Dulce es siempre remontarse con el pensamiento al pasado. Evocar recuerdos y alimentar la inteligencia con lo bueno que hombres superiores nos legaron, es uno de los más legítimos goces de la vida, provengan de donde quieran; porque lo bueno es bueno siempre, y con el crisol del tiempo la verdad se hace paso recobrando su imperio, para aprovecharnos de útiles enseñanzas.

Entre la multitud de acontecimientos notables de las guerras de la

Península, si prescindimos de las hábiles retiradas de Moore y Massena, de los sufrimientos de los soldados de Junot, de heroicas defensas como las de Zaragoza y Gerona, pocos llamarán tanto la atención del militar estudioso como la construcción de las célebres líneas de Torres Vedras y los combates y sitio que precedieron á la toma y destrucción de San Sebastián.

Pero en las empresas militares son muchos los factores que intervienen, y en los dos acontecimientos últimamente citados se destacan majestuosamente dos figuras; dos nombres: el del ingeniero inglés Sir Richard Fletcher Bark, trazador de las célebres líneas de Torres Vedras y el del General francés Emmanuel Rey.

Cuántas veces, tras la severa figura del conquistador victorioso ó del General insigne, se oculta la de algún hombre de ciencia, militar y sabio, genio humilde, pero alma de las concepciones del guerrero; espíritu creador que mueve á veces el brazo que ejecuta, mide las ventajas y las contrariedades, provee lo necesario al soldado, sufre con él los rigores de una campaña, sigue paso á paso las etapas en la fortuna ó en la desgracia, y es, por último, la estrella salvadora, el faro luminoso, que indica al caudillo el camino de la victoria. He ahí á Fletcher.

Otras veces es el concurso de muchos esfuerzos que coadyuvan á á un mismo fin; céfiros bienhechores que aclaran las nubes, sobre las que se cierne el sol esplendente de un talento militar y fía en su estrella, en el amor á la gloria que alienta á sus inmediatos y en el valor de sus soldados. He ahí á Rey.

Ambos conquistaron con emulación honrosa, gloria para su respectiva patria; pero el que con especialidad nos ocupa en esta ocasión, es el nombre del ingeniero británico.

Orgullosa puede estar Inglaterra de contar entre sus hijos talentos de este orden, que parece personifican ciertas épocas. ¡Qué hombres! ¡Qué apóstoles tienen las grandes ideas de patria, ciencia y religión!

En verdad, que sea por su sistema de reclutamientos en el Ejército ó por otras causas, pueden mucho más que de sus soldados vanagloriarse de sus talentos; y un Nelsol, un Fletcher ó un Livingstone dicen mucho más con los esplendores de su genio que los terribles recuerdos dejados tras sí en nuestra patria por los soldados de Moore, de Wellington ú otros Generales que han parecido sentir odio á muerte á todo lo que fuese para ellos extranjero.

Las miras de la poderosa Albión tienen algo oscuro como sus nieblas; impenetrable y maquiavélico como sus políticos; pero cuando ve un éxito seguro, se precipita cual el azor sobre el pajarillo, y si ayer sondea con sus escuadras los Dardanelos, es por la Península de Gallipoli, que pueden estudiar sus ingenieros, convirtiendo en otro Torres Vedras. Siempre busca y aprovecha en sus, con frecuencia arriesgadas combinaciones, todos los puntos estratégicos, bien se llamen Malta, Puerto-Said ó Aden, Buena-Esperanza, Gibraltar ó Lisboa; destruye los que no pudiendo aprovechar dan importancia y predominio á otra nación; hoy, porque puede ser Alejandria un emporio del comercio; en otros tiempos, porque lo sospecharon respecto á Copenhague, ó Tolón y quién sabe si hasta Pretoria, considerados mercantil, naval ó militarmente.

Así es, que ¡quién sabe! si entre las instrucciones dadas á los Generales británicos figuraba la de hacer desaparecer á San Sebastián, con su célebre Compañía de Caracas, con su influencia colonial de otras épocas y con las ventajas del cercano puerto de Pasajes. Todo es presumible en las miras de un pueblo que quiere imponer su influjo en todos los mares, marcar y dominar el derrotero de las naves que no ostentan su pabellón, y que dirá sin rebozo la conocida frase de «arda el mundo con tal que me caliente yo.»

Estas consideraciones se nos ocurren, pues no puede menos de suceder así cuando se leen las frases de un escritor y sabio extranjero,¹ y al lamentarse ante Europa un pueblo entero que recuerda con horror los episodios de aquella saturnal de sangre y devastación.²

Ahora bien; unas pueden ser las miras políticas de un pueblo y otras las glorias alcanzadas por sus hombres eminentes. La historia juzga aquellas, mientras la inteligencia se recrea admirada en los esfuerzos de éstos, y así como su muerte sobre la brecha valió á Fletcher el título de bizarro soldado, una de las manifestaciones que con más mo-

(1) Indudablemente el 31 de Agosto de 1813 San Sebastián ha sido destruida por sus propios aliados, y su ruina era premeditada. La responsabilidad de esta destrucción recae evidentemente toda entera sobre los Generales ingleses que comandaban el Ejército asaltante.... etc.—Souvenirs de M. de Quatrefages.

(2) Manifiesto de la Junta de San Sebastián, del Cabildo eclesiástico y del Consulado, y *Diario de los sitios de la Península* de 1807 á 1814, por J. Delmas, págs. 645y siguiente.

tivo contribuyeron á darle el de ilustre ingeniero, fueron sus talentos demostrados como principal trazador de las líneas de Torres Vedras.

Causa admiración la suma de trabajos morales y materiales acumulados en aquella Península de Extremadura (Portugal), dique formidable que defendido por 60.000 soldados, 600 cañones y centenares de reductos y obras de campaña, era imposible salvarsen las tropas de Massena, tocadas del cáncer de la indisciplina, provistas de mediano material y escasos abastecimientos, así como diezmadas por las guerrillas, si bien fuesen mandadas por el más acreditado Mariscal del Imperio, distinguido por sus contemporáneos con el título de *Hijo querido de la victoria*.

Sabido es que Lord Wellington dividió en siete zonas ó distritos aquel inmenso campo militar, que tocando las márgenes del Zizandro en la parte inferior y media de su curso, se extendía hasta el Tajo, cubriendo la capital del reino lusitano.

Aquellas obras tan perfectamente situadas y dispuestas, eran, según la expresión de Thiers, cerradas por la gola unas y abiertas otras. Todas constaban de glacis, foso y escarpa, almacenes para los víveres de boca ó guerra, y si bien se hallaban unas defendidas por seis bocas de fuego, las había que encerraban 50 de varios calibres. Montadas sobre afustes de posición, estaban colocadas de manera que no pudiesen servir al enemigo en caso de movimiento retrógrado de unas á otras.

Con el rico arsenal de Lisboa, empleando caminos construidos para los movimientos de las tropas y comunicación entre las obras; los bueyes del país para facilitar el movimiento y emplazar las piezas; sistemas de señales que permitían en algunos minutos llevar al centro de la línea la nota precisa de lo que ocurría en sus extremos; con campamentos, abrigos, puntos de concentración, maniobra y tiro, así como encerrando á las tropas inglesas y lo que había de más maniobrero en el Ejército portugués las líneas de Torres Vedras, eran unas defensas formidables; una barrera inmensa, semi oculta hasta la hora precisa por el más profundo secreto, y después de Ciudad-Rodrigo, Almeida y Busaco, cuando los imperiales penetraron por el valle del Mondego, allí fué á estrellarse el genio de Massena.

En vano ante el leopardo que acechaba, rugía el león enfurecido; ambos tenían sin restañar aún las sangrientas heridas de Busaco y seis meses estuvieron frente á frente: atacar aquellas fortificaciones hubiera sido si no inútil y expuesto á un descalabro, muy incierto á lo menos,

y el Mariscal de Francia, desfallecido por sufrimientos de todo género, creyendo ver resistencia pasiva ó mala fe en sus lugartenientes, convencido del nulo éxito que ya había previsto, supo aún realizar una retirada que mereció el calificativo de obra maestra y excitó la admiración de su contrario.

En el resultado obtenido por Lord Wellington, pocos contribuyeron tan poderosamente como el estudioso ingeniero que reposa tras la fortaleza del monte Urgull: sus compañeros de armas erigieron á su memoria una modesta tumba, honroso tributo al Oficial distinguido, que unía á su talento una gran modestia, y al que si sus Jefes colmaron de alabanzas en vida, la posteridad ensalza con justicia.

ENRIQUE IRABIEN LARRAÑAGA,
Capitán de Infantería.

SUEÑOS



¡Ved cómo duerme, de inquietud ajeno!
En vano en el hogar, de luto lleno,
su encono ceba la falaz fortuna;
ni ambición ni recelo le importuna,
¡no hay en la vida sueño más sereno
que el sueño de la cuna!

¡Ved cómo duerme en su callado asilo!
En vano del dolor le amarga el filo,
en vano el huracán furioso zumba,
en vano el universo se derrumba:
¡no hay en la tierra sueño más tranquilo
que el sueño de la tumba!

FEDERICO BALART.

